

JUAN PABLO CALVÁS

NOS PINTARON
CAPITULO DE MUESTRA
PAJARITOS
SIN VALOR COMERCIAL
EN EL AIRE

CONTENIDO

Prólogo: Promesas, promesas, promesas por Ricardo Silva Romero	13
Introducción.....	19
Perder ganando.....	29
Hágase la tierra.....	35
Camuflado juvenil	43
Sal de frutas para un infarto	49
Y escrito en piedra quedó	57
Zona franca por la paz.....	65
Buenaventura: historia de la vergüenza	73
Tres son multitud	83
La Línea: el túnel del siglo	91
Sueños de un río grande.....	99
Llegando al paraíso	109
¡Santa Ciencia!.....	117
La gorda que no adelgazó.....	125
El límite faltante	131
La primera paloma.....	139
Sala de espera.....	147
El otro canal (tragicomedia en tres actos)	155
Seguridad sin frenos.....	165
Japolombia	173
Marandúa: espejismo del llano	179
Un “Pollo” muy cacareado	187
Y lo que viene	193

PRÓLOGO

PROMESAS, PROMESAS, PROMESAS

Comienzo con un vaticinio: es seguro que quien lea este libro indignado e importante del periodista Juan Pablo Calvás —que es un compendio de las esperanzas traicionadas por los últimos nueve Gobiernos colombianos, pero también es un ensayo cargado de ironía—, cerrará sus páginas con la sensación de que es terrible e increíble que nos hayamos acostumbrado a las promesas incumplidas. No hay vergüenza peor, en la vida diaria que al final es la vida, que la vergüenza que produce un juramento en vano a los padres, a los amigos, a las parejas, a los hijos. Pero por alguna extraña razón, que quizás sea nuestra sospecha de que es un error esperar algo de este Estado sombrío, damos por hecho sin espanto que buena parte del trabajo de los políticos es engañarnos y que los candidatos nunca quieren enamorar a sus electores, sino apenas llevárselos a la cama.

Repetimos y repetimos que “así es Colombia”, “así es el mundo”, “así son los políticos”, “así es la gente” y “así va a ser”, con la misma resignación con la que pronosticamos el próximo aguacero.

Quizás lo mejor de este libro de Calvás sea que, al narrarnos de nuevo las torpezas y las farsas y los fracasos de los últimos Gobiernos, al ponernos en orden las promesas incumplidas por las administraciones de las últimas cinco décadas, al mostrarnos en blanco y negro los peores lugares comunes de nuestros políticos, nos obliga a recobrar la incomodidad, la irritación, el sobresalto: no, no es una anécdota tropical, ni es un buen chiste de coctel, que se haya jurado ante el Dios del país –mil y una veces– que ahora sí se hará la reforma agraria, que ahora sí se acabará el servicio militar, que ahora sí se corregirán los problemas del sistema de salud, que ahora sí se va a hacer la paz, que ahora sí se va a rescatar a Buenaventura de su guerra, que ahora sí se va a permitir un tercer canal de televisión, que ahora sí se va a salvar el podrido Río Magdalena.

No, no es una tontería más en el mar de las tonterías, ni es una desventura para celebrar con un par de sarcasmos, que siempre se prometa que no se hará una reforma tributaria cuéstenos lo que nos cueste, que no se dejará en la nada la carretera hacia Nuquí, que esta vez sí se copiará el pacto por la educación que consiguen

firmar las sociedades que no se regodean en sus propias miserias, que por fin se aclarará el diferendo limítrofe que le explicaban a uno cuando era chiquito y que la red de trenes que alguna vez se anunció va a empezar a funcionar en unos años: ¿por qué no hacer un museo del metro de Bogotá, por ejemplo, con los planos, con las notas de prensa, con los discursos definitivos que han anunciado el comienzo de la obra en los últimos cien años de nuestra historia?

Si algo ha sido “colombiano”, además de esta vocación a matarse por cosas que no existen, ha sido esta manía tan triste de incumplir las promesas, pero dicho por Calvás, agudo y grave a la vez, suena a broma trágica. Su voz de hombre bueno con los dientes afilados, que se escucha todos los mañanas en la radio, ha conseguido volverse sus estupendas columnas en *El Tiempo* sin que se pierda nada en la traducción. Y en este libro es, aún más, lo que ha sido en el periódico: la voz de un narrador que va de la oralidad a la escritura, y de la escritura a la oralidad, con una facilidad pasmosa, y que avanza y avanza igual que una trama. Tenemos entre manos un volumen serio así desde la tapa sea irónico. Pero tenemos también a una persona que se ha tomado el trabajo de reunirnos los pájaros que han estado pintándonos en el aire y el trabajo de contárnoslos como se les cuentan los dramas a los amigos.

Para mí es claro que la gente de radio sabe volverse amiga de sus oyentes: así me he tomado yo a mis locutores favoritos. Juan Pablo Calvás encontró en las acaloradas cabinas de la *W* el don de recordarnos la verdad sin rodeos y sin condescendencias, y así escribe, y su escritura es una lección sobre el propósito de la escritura, sobre el anhelo de llegar a otro y de quedarse allí adentro. En *Nos pintaron pajaritos en el aire*, que nos conducirá a la pregunta de si alguna vez conseguiremos superar esta maldición que nos impide terminar lo que empezamos —lo vaticino—, Calvás cuenta la historia de Colombia en clave de engaños, de planes de desarrollo sin desarrollar, de maquetas bellas como monumentos a las ganas de fracasar o como estaciones a las que jamás va a llegar el tren.

Y es otro de sus gestos de amistad. Pues no cualquiera se pone en la tarea de documentar uno de nuestros peores vicios. Y hay que tener en el fondo, siempre presente a pesar de todo, la terca esperanza de superarlos.

Ricardo Silva Romero

INTRODUCCIÓN

¡Oh, sí! Otra vez, como cada año, Colombia queda en el top 10 de los países más felices del mundo. Y otra vez, como cada año, nos hacemos la misma pregunta: ¿Qué es lo que nos lleva a liderar tan trascendental listado? ¿Qué extraña conjunción universal se da para que sea feliz un país donde campea la pobreza, los atracos son pan de cada día, los atascos en el tráfico son un dolor de cabeza permanente, no puede llover porque se vienen abajo las montañas sepultando carreteras y gentes, mientras el sistema de salud parece diseñado por algún perverso que goza con el mal de los enfermos?

Algunos dicen, no sin cierta candidez, que es porque aquí solo sabemos ver las cosas con optimismo (o, como dicen hoy los publicistas, positivismo). No bajamos

los brazos ante la adversidad, sino que, al contrario, ponemos nuestra mejor cara y salimos adelante a pesar de todo lo negativo. Mejor dicho, un discurso que más pareciera sacado de la oficina de algún creativo de Procolombia para promover el país como destino para turistas e inversionistas, antes que un análisis real sobre esa misteriosa morfina que nos mantiene drogados y nos hace decir, o al menos creer, que somos felices.

Otros, que pretenden una aproximación socio espacial al dilema, aseguran que la situación geográfica de nuestro país, con sus temperaturas suaves y tropicales, su gran diversidad en frutas y abundancia en aguas garantiza que hasta para el más humilde Colombia sea un país bueno y generoso, más aún con el espíritu festivo de cada uno de sus habitantes. ¡Nada más falso! Ni el aguardiente paga las deudas, ni a las fincas puede uno entrar a llevarse un mango porque lo matan y, bueno, ni hablemos del agua de los ríos que, o no se puede tomar porque está contaminada, o simplemente ya está privatizada.

Pero entonces ¿qué es lo que nos hace felices?

Fácil: la esperanza. En el corazón de cada colombiano hay una flor que nunca marchita y que se llama esperanza. La esperanza de que este año nos vaya mejor que en el anterior. La esperanza de que la tía se recupere

re de la enfermedad. La esperanza de que este semestre la sequía no acabe con los cultivos o que el próximo invierno no arrase con todo por las inundaciones. La esperanza de que esta vez sí se construya el metro para Bogotá. La esperanza de que la selección Colombia este año sí pase a la siguiente ronda del mundial. En fin, la esperanza es el combustible de la felicidad de Colombia porque hace que ante cada desgracia haya una chispa de ilusión que permite creer en una solución inmediata al drama cotidiano o, al menos, en un bálsamo para hacer las penas menos dolorosas.

Y es precisamente ahí donde aparecen los políticos, a quienes también podríamos señalar como los máximos mercaderes de la esperanza, las necesidades y carencias del pueblo colombiano. Bueno, no son los únicos. De hecho, en Colombia podemos identificar con facilidad dos grandes grupos sociales que se han apoderado del negocio de las necesidades de los colombianos para convertirlas en una inagotable fuente de riqueza: las iglesias y los políticos.

Las primeras, de las que no hablaré mucho en este libro (y no imagina cuánto lo lamento), llevan años (por no decir siglos) perfeccionando el proceso de explotación y uso de nuestras necesidades y esperanzas. No en vano las más concurridas (¿o lucrativas?) están ubicadas en sectores populares o zonas apartadas

donde las carencias son mayores y, por ende, donde las posibilidades de vender discursos y oraciones colmados de mensajes esperanzadores resulta bastante eficaz. ¿Qué el adolescente de la casa está perdido en el mundo de las drogas? Pase el diezmo y aquí hacemos una oración común para que se salga de ese camino de pecado. ¿Qué nada que la EPS le da una cita con el cardiólogo para descubrir qué es ese malestar que lo tiene agobiado? Haga un aporte económico extra y no solo oramos, sino que además lo curamos de ese mal sin necesidad de que un médico lo revise. ¡Gran negocio el de la esperanza! ¡Gloria, gloria, aleluya!

En el caso de los políticos la cosa es distinta. El mercadeo de las ilusiones no se basa en milagros, que deben ser perpetrados por algún ser superior ubicado allende los confines del planeta o por las mágicas energías de una congregación que se reúne bajo un desangelado galpón o garaje en pleno corazón de alguna gris ciudad. Los políticos tienen una materia prima real: el presupuesto de la nación, y un objetivo que se supone claro: las urgencias de un país, que no son más que las necesidades insatisfechas de sus habitantes. Un acueducto, una carretera, una educación decente, una vivienda digna, ofrecer seguridad, entre otros, hacen parte de ese catálogo de asuntos que cada tanto se convierten en el caballito de batalla de

los políticos. Llegado el momento de las elecciones se los ve a todos yendo de arriba a abajo anunciando y prometiendo obras, proyectos e iniciativas que garantizan mejorar la calidad de vida de sus votantes. Luego, cuando faltan pocos días para la votación, esos mismos candidatos llegan con mercados (solución alimentaria temporal), tejas (solución de vivienda temporal) o electrodomésticos (mejora temporal de las condiciones de vida) para sellar ese compromiso de confianza entre elector y candidato: usted vota por mí y yo mejoraré su vida. Al fin pasan las elecciones y las obras, proyectos e iniciativas se convierten en una suerte de frascos vacíos e inútiles, que tal vez, si hay eso que llaman voluntad política, se lograrán llenar para el bien de los ciudadanos. Tal vez...

En resumen, los señores de la iglesia (o las iglesias) trabajan con el éter (o sea la nada) para alimentar la esperanza, mientras que los padres de la patria cuentan con un presupuesto y todo un aparato gubernamental que debería facilitar la puesta en marcha de aquello que prometen a los esperanzados ciudadanos. En el camino unos y otros se lucran, mientras que en la otra orilla el colombiano se queda solo con eso: la esperanza que lo colma de felicidad.

1974 fue un año que representó un cúmulo de esperanza gigantesco para el país. Por primera vez

en casi veinticinco años se realizaron unas elecciones presidenciales en las que todo tipo de partidos y corrientes políticas iba a tener la posibilidad de participar. Era el cierre del Frente Nacional, aquel acuerdo político sellado entre el Partido Liberal y el Partido Conservador para garantizar la paz en Colombia tras la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla. ¡Por fin habría una verdadera democracia en Colombia! ¡Por fin llegaba la posibilidad de elegir libremente a quienes iban a ser los representantes de los colombianos a nivel del congreso y, por supuesto, de la presidencia! (O eso creían los colombianos de entonces).

Desde El Bogotazo el país no había vivido una situación política normal. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán enrareció al máximo el ambiente político de la época e incrementó las tensiones entre conservadores y liberales, hasta llegar al punto en que para las elecciones presidenciales de noviembre de 1949 sólo hubo un candidato, el conservador Laureano Gómez, pues el liberal Darío Echandía declinó su aspiración tras el asesinato de su hermano, ocurrido poco antes de las votaciones en medio de una manifestación liberal que se desarrollaba en la plazuela ubicada frente a la planta de fabricación de Bavaria, en Bogotá.

Mas este no fue el único hecho que marcó ese cierre de 1949. Ante la posibilidad de que se diera un juicio

político en su contra, promovido por la oposición liberal, el presidente Mariano Ospina clausuró el congreso de la república y decretó el Estado de Sitio, que lo habilitaba para emitir toda clase de decretos con peso de ley, evitando así las discusiones con la oposición y marcando el inicio de un periodo muy oscuro para la democracia nacional. Los liberales no volverían a presentarse a elecciones de Congreso. Pasarían ocho años antes de volver a tener al menos la participación de los dos partidos tradicionales en las elecciones y eso gracias al Frente Nacional, que tampoco es que fuese la panacea.

Y es que, si algo se debe reconocer a ese particular invento, surgido de los diálogos entre Alberto Lleras y Laureano Gómez como máximos representantes de los partidos Liberal y Conservador, es que logró poner punto final a la violencia partidista que durante décadas venía azotando al país. La distribución equitativa de ministerios y burocracia, así como la alternancia de gobierno de uno y otro partido, permitió apaciguar los ánimos violentos que pocos años antes habían desembocado en la muerte de cerca de trescientas mil personas en el que fue uno de los más espantosos baños de sangre sufridos por el país.

Sin embargo, más allá del bálsamo de paz que representó este acuerdo político, la consolidación del

Frente Nacional también terminó siendo motivo de poderosas frustraciones democráticas para los colombianos. La convergencia bipartidista anuló cualquier posibilidad de que otros movimientos políticos u fuerzas sociales se convirtieran en una opción de poder y de cambio democrático. No en vano, mientras liberales y conservadores se repartían juiciosamente la torta del Estado diciendo “este ministerio para ti, este ministerio para mí”, los movimientos sociales sindicales y estudiantiles iban cada día tomando más y más vuelo como representantes del descontento de distintos sectores de la sociedad y promoviendo poderosas movilizaciones y paros que hoy resultarían prácticamente impensables.

Por esto el cierre del Frente Nacional, en 1974, se convirtió en el fluir de poderosos vientos de esperanza. Los colombianos vieron en el final del pacto liberal-conservador el cierre de una etapa en que las elecciones más parecían una pantomima diseñada para simular una democracia. ¡Por fin llegaba la oportunidad de elegir de verdad! ¡Por fin cambiaría todo para bien, porque ahora sí todos tendrían espacio en un país antes limitado a ciertas élites!

¡Ah, cuán ilusos! Con el final del Frente Nacional sí se amplió el espectro democrático, pero también todos quedamos a merced del juego constante de los

políticos con nuestra esperanza y nuestros sueños. El voto desde entonces se cambia por tamales, mercados, tejas y ladrillos que vienen, supuestamente, respaldando unos proyectos y propuestas que mejorarán la vida del país y sus regiones. Pero, lamentablemente, muchas de esas promesas quedan solo en eso: sueños frustrados de una Colombia mejor.

Aunque no es un recuento exhaustivo, el texto que encontrará a continuación es un cuadro perfecto de más de cuatro décadas de un país que ha elegido a sus dirigentes esperanzado en sus promesas de mejorar la calidad de vida. Es decir, más de ocho lustros de decepciones ante promesas incumplidas.

Comenzaremos con la máxima traición cometida por Juan Manuel Santos a sus votantes, cuando le dio la espalda a Álvaro Uribe por sacar adelante su proceso de paz. Luego echaremos un vistazo a algunas de las promesas de la infraestructura que se quedaron en el papel. Recordaremos utopías presidenciales y, por supuesto, nos adentraremos en los problemas de siempre, como la tenencia de tierras o el lamentable sistema de salud que siempre son temas esenciales de las propuestas a Colombia hechas por los habitantes de la Casa de Nariño.

Lo que viene no es para perder la esperanza, pero sí para que seamos realistas. Porque necesitamos ser conscientes de que muchas veces lo que hacen es pintarnos pajaritos en el aire.

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL